



M. T. Podestá

En política

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

En política

Una copita de licor, que le sirvió apenas para humedecer las fauces, vino a sellar el solemne juramento.

Su amigo había tomado ahora un tono festivo; le dio unas palmadas en el hombro, a tiempo que le decía: -Bueno vamos a otro tema. Después de esta larga disertación, en la que he puesto a prueba tu arrepentimiento, te daré una buena noticia: estoy rico, puedo ayudarte y puedo contribuir así a asegurar tus propósitos.

-No me hace falta el dinero -replicó el *hombre de los imanes*, alarmado por su delicadeza y por el decoro de sus bolsillos...

-Ya lo sé, ya lo sé -replicó con insistencia su amigo; -has resuelto el problema de vivir sin gastar... y sin producir... Debes agregar ese nuevo sistema a algún tratado de economía política.

Si todos fueran como tú, ¡qué perspectiva graciosa tendría la sociedad! Sería curioso ver una colectividad de hombres a tu imagen y semejanza.

Basta de niñerías y hablemos ahora con formalidad.

Tú no has venido a esta casa, para ver a tu amigo, para darle un abrazo y tomar en su compañía una copita de licor; te conozco lo bastante para comprender que no has dejado a la puerta toda la soberbia con que has dragoneado hasta ahora pues, con algún propósito y por algún motivo has venido... ¿O simplemente para oír mis consejos? -añadió con ironía.

-Vengo para figurar en política -exclamó el *hombre de los imanes*, lanzando la frase a boca de jarro y sin fijarse en el efecto que había hecho en el semblante de su amigo.

-¡Tú!... ¿Y tus ideales purísimos, y tus explosiones de perfeccionamiento? ¿En política?...

Figurar en política... -decía su amigo, moviendo lentamente la cabeza y paseándose con las manos cruzadas a la espalda. -Tienes razón tú también puedes *figurar* ... ¿pero veamos a qué aspiras?... ¿cuál es el puesto que ha merecido tu simpatía, para despertar en un buen momento tu entusiasmo ya momificado?

-Es que... como soy un inservible... quisiera empezar por hacer carrera, por hacer méritos, por codearme contigo, por ejemplo, reflejar en mí algo de tu posición, para que la gente me fuese conociendo, para que, ya a fuerza de verme junto a ti pudiera y se acostumbrase a decir: aquel es fulano, que va con zutano; es decir, *van en política* los dos... Ya lo ves -dijo tímidamente el *hombre de los imanes*, -aspiro a un poquito de consideración social, necesito que las miradas se fijen en mí... pero, al decir esto, le subieron como dos viborillas de rubor por las sinuosidades de sus mejillas. Se levantó de golpe de su asiento, y echando mano a las solapas de su levita, las abrió de par en par, exclamando: -¡pero no con este traje; no con esta figura! -añadió mirándose de arriba abajo.

Su amigo sonreía maliciosamente de la ingenuidad y del bochorno que causaban el *hombre de los imanes* sus trapos viejos y aguerridos; él estaba de pie, con las solapas abiertas, como las alas de un pajarraco que se dispone a alzar el vuelo.

-¡Bah!... el traje no hace al monje... sin embargo, es menester presentarse siempre de una

manera conveniente; sobre todo, cuando se aspira... -Al pronunciar esta última frase, dirigió una mirada intensa a su amigo...

-Pero tú, que has abandonado la política, que has considerado a los hombres públicos como si fuesen trastos arrumbados a quienes todo el mundo tiene derecho de dar con el pie; tú, que has vivido en un ambiente completamente ajeno a los movimientos de esta sociedad; tú, que has llegado hasta creer, en los momentos de tus aberraciones, que tus enemigos políticos eran hombres de otra especie y de otra raza vienes ahora, como caído del cielo, a decirme sencillamente: quiero figurar en política... es decir: a parodiar al hombre aquel de Larra que quería ser cómico... y yo te replico: ¿y tu partido, tu hermoso partido, aquel que estaba compuesto de hombres selectos, de inteligencias brillantes, de ciudadanos abnegados, de mártires del deber, de varones ilustres, que apenas si te atrevías a tocarles con el dedo por temor de llevarles la impureza con tu contacto?

¿Ya no te seducen, ya no son partido, ya no inflaman tu pecho, ya no arrancan de tu fibra patriótica el grito del entusiasmo?... ¡Mal partidario, mal ciudadano, vienes a renegar de tus tradiciones, de tus creencias, de tus *dogmas!*...

¡Qué mala inspiración has tenido! -agregó, viendo las torturas por que pasaba el infeliz, que estaba como arrumbado en un sillón, oyendo la arenga...

Vuelvo a repetirte que eres un niño... un gran niño vicioso... que ha perdido su tiempo y que está en la anagnosia.

¿Quieres figurar en política? ¿Cuál es el contingente que traes a la lucha?... ¿Tu buena voluntad?... ¿Tu buena voluntad, tus ideas transformadas, como quien pinta bigotes a una virgen para hacer un San Juan?... No, no vale nada.

A la política debes ingresar con la disposición firme y tranquila de cumplir con tu deber, sin preocuparte de tus ideales ni de tus creencias, sino de las de tu vecino.

Si no estás con él, es tu enemigo, y te bastará serlo para encontrarle todos los defectos posibles e imaginables, aunque tenga virtudes espartanas.

¿Sabes lo que es la política?... ¿lo sabes?... la política es el arte que enseña a defenderse siempre del enemigo... El día que no lo atacas o cometes la tontería de elogiarlo, eres hombre perdido, completamente perdido: -esta es la ley...

Los partidos políticos son siempre, recíprocamente, los mejores... son como las mujeres. Aunque sean viejas, feas y desairadas, siempre son mujeres, tienen flaquezas, veleidades y no olvidan hablar mal del prójimo.

¡Qué diferencia entre las doctrinas que él se había forjado y las enseñanzas que había encontrado en los libros!

-¡Esto lo dices tú!... -se atrevió a replicar tímidamente, sin poderse ya contener. -Los libros enseñan otra cosa...

-¿Los libros?... Lo que encuentras en los libros es lo mismo que dicen los médicos: en los libros todas las enfermedades se curan... en el enfermo es otra cosa.

No era posible comparar lo que él había leído con lo que estaba escuchando; no veía la necesidad de que los hombres se sacasen los ojos por pensar de distinta manera, ni de que estuviesen ocupados en encontrarse defectos para tirárselos a la cara como arma de combate.

Su amigo le pintaba la política como una lucha innoble en la que siempre había que ver enemigos... Los adversarios, los que él llamaba candorosamente sus adversarios, que debían tener buena fe, equidad, justicia e imparcialidad, para ponderar sus actos y los de los demás.

No estaba conforme con esa gritería de gentes peleadoras que andaban siempre al tira y

afloja por disputarse las posiciones con la convicción de que, el día que cediesen un palmo, el vencido tendría que pasar por las horcas caudinas.

-¡Así es la política!... -exclamó después del largo silencio con que había escuchado la tesis de su amigo, y alzando sus ojazos de loco, parecía asumir una actitud de lástima por las herejías que estaba oyendo.

-Sí, es así, no es metafísica, no es juguete de raciocinios ni de lógicas huecas... eso que tú crees, es por ahora *teología*, y así será por mucho tiempo, hasta que se equilibren las fuerzas intelectuales, sociales y numéricas de los partidos.

-De modo que la política obedece a las circunstancias, a la ocasión, a la evolución social, a la selección...

-Déjate de *on* y de *on*; la política es siempre la misma; la de hoy, la de ayer, la de antaño; es la de siempre: la preponderancia de un partido sobre otro, preponderancia que le da ventajas, que le gana posiciones, como gana interés el dinero puesto a rédito, interés que se capitaliza y que aumenta diariamente el caudal de la colectividad que lo maneja.

Se trata de hombres, mi querido amigo; se trata de pasiones, de estímulos, de luchas, de ganar terreno... Esto, por ambos lados.

El que es enemigo, porque es enemigo... y el otro, porque es también enemigo... luego, aquello de los niños: ¿quién ha roto el plato?... es claro que nadie... y, sin embargo, todos se acusan a un tiempo.

-¡Y la patria! -exclamó el *hombre de los imanes*, saltando de su asiento, como si quisiese colgarse de un trapecio. -¡Y los grandes hombres!

-¿La patria?... es harina de otro costal... deja a la patria en su lugar... el sentimiento de la patria entra en todos los pechos y en todas las fibras, y es más malo el que duda de que haya quien no la quiera, que el que es acusado de no quererla...

Veo que estás en mal camino; todavía sigues creyendo lo del principio; el enemigo es malo, malísimo, porque no piensa o hace lo que tú... Oye bien esto: cualquier partido no desdeñaría el peor de los elementos que figura en otro de ellos, y tratándose de un partidario, tiene que soportar lo bueno, lo malo, lo pésimo.

Será mala doctrina, pero tiene, sin embargo, un correctivo... la sanción social -ésta toma su desquite; -bien sabes que en sociedad no todos nos tendemos la mano.

Ahora, hazte todas las cruces que quieras, golpéate el pecho con una piedra, carga con todas las culpas de la mala organización de los partidos; pero, si quieres figurar en política, aprende bien el santo y seña de la *masonería*, y luego me sabrás decir si estoy equivocado.

Sé más partidario, más humano contigo mismo... Ni tú, ni yo, alcanzaremos esos ideales que tienen todo el prestigio de la tierra prometida, pero que dan escasos frutos.

-¿De modo que en política todos los partidos son buenos? -se aventuró a decir con curiosidad el *hombre de los imanes*.

-Sí, todos son muy buenos, menos los malos y los óptimos, y aunque esto te parezca una paradoja o un juego de palabras, debes interpretarlo así, al pie de la letra, los óptimos están más arriba del cielo, los malos están en todas partes.

El neófito no se daba perfecta cuenta de esta manera extraña de juzgar de la política de los partidarios. Siguiendo su habitual manera de pensar de los hombres, encarnaba todas sus aspiraciones políticas en conceptos elevados, y le parecía que, al ponerlas en práctica, la sociedad quedaría instalada sobre cimientos incommovibles.

-¡Una buena levadura hace un buen pan -repetía sonriendo -ya que tú hablabas hace un momento de harina de otro costal!

El, que no había reconocido sino los partidos extremos: los buenos a su manera, con

aspiraciones nobilísimas, que hacían de la patria su culto ardiente, y los malos, que se echaban la patria al hombro, como un fardo, para darle un tumbo en cualquier parte. Las revelaciones de su amigo eran como un cuerpo extraño encerrado en una llaga; le causaban un dolor profundo, intenso, y él, que tenía a cada instante que tirar la cuerda de su cerebro para ponerlo en equilibrio, miró a su compañero con lástima, a tiempo que decía para sus adentros: este hombre está loco.

Permanecía sentado, silencioso, con sus piernas cruzadas, cabalgando la derecha sobre la izquierda, imprimiendo movimientos de vaivén al pie, a tiempo que golpeaba con la mano sobre el muslo.

-¿Y qué dices a todo esto?

-¿Qué digo? ¿qué digo? -murmuró el optimista. -Mucho tendría que replicar a tus teorías de política práctica -y aquí guardó de nuevo silencio, como esperando la llegada de una idea que estuviese componiéndose en el cerebro cual en la caja de un tipógrafo. Saltó en seguida de su asiento, y poniéndose por delante de su amigo, con los brazos cruzados sobre el pecho, el pescuezo estirado, la mirada convulsa y extraña, como si saliese de un ojo del cual el iris se hubiese despegado, estiró de pronto sus brazos, poniéndose en actitud de esgrima, y, como si quisiese tirárselos a la cara, exclamó: -¡suponte que yo sea tu enemigo político! ¿qué harías?

Su amigo se dejó caer en un sillón, sonriendo plácidamente, e indicándole con la mano para que volviese a tomar asiento, le contestó en estos términos; -si tú fueses mi enemigo político... no haría nada... Los enemigos políticos como tú, son inofensivos... no te enfades... ahora, si tú fueses un político activo, trabajador, que se moviese para llevar su influencia, en la esfera de su valimiento, ya sería otra cosa; en esas condiciones, y puestos frente a frente, empezaría por decirte que los principios que sostiene tu partido son herejías políticas, que sus aspiraciones desmedidas no tienen otro objetivo que el de arruinar a la patria, que jamás ha hecho nada por el bien de ella, que en su carrera ha dejado un surco árido donde no podrá arraigar la mejor semilla; -y luego, para hacerte desesperar más, levantaría la voz, protestando del fraude, de la violencia, y hablaría a nombre del pueblo sin pedirle la venia.

Ya lo ves, un hombre que quiere figurar en política debe aprender, antes que todo, a manejar la hipérbola, debe tener al pueblo siempre pendiente de sus labios.

-Y la mentira en el bolsillo, para pagar al contado cualquier giro -replicó el *hombre de de los imanes*.

-No, amigo mío; no, la diplomacia... el arte de fingir bien, de sonreírse a tiempo, de hacer un¡oh! en la oportunidad requerida, de restregarse las manos cuando sea necesario, de mostrar confianza, abatimiento, convicción, alegría, tristeza, sorpresa e indiferencia, según el resorte que ha de comprimirse; reservar la intención para la almohada y no hablar más de lo que sea necesario: *allá veremos, sí, sí, esto está bien, es de mi agrado, así lo haremos, hay conveniencia en ello, naturalmente debe ser así ¿cómo podría ser de otra manera?... ¡oh! cerebro mucho que hayamos llegado a esa conclusión*. Así de frente... a la espalda, ni esto -dijo el diplomático improvisado, haciendo sonar la uña del pulgar, derecho contra el primer incisivo izquierdo, que parecía haber tomado exprofeso una desviación adecuada. Esto es gran política, política de los libros, como tú lo sabes... la otra, es el pan nuestro de cada día... política de catecismo y más fácil que aquello del fiel cristiano.

Cuando tomes parte activa en ella, ya verás que mis palabras reflejan la imagen de lo que tendrás ocasión de presenciar.

-Así lo pensarás tú... pero, ¿y los grandes hombres de nuestro país?

-Vuelves a la manía de mezclar los grandes hombres de nuestro país en estas cosas puramente mundanas... Los grandes hombres de nuestro país no entran para nada en lo que acabo de decirte... no comprendes los términos... ellos no son los partidos ni pueden constituir los ideales que has forjado... tienen su lugar aparte y han pasado muchos malos ratos y los pasarán antes de que la gente se resuelva a hacerles justicia.

Constituyen nuestros períodos históricos, imprimiendo con su ideal el sello especial a una época... esto sucede en todas partes, desde Grecia y Roma antigua hasta la fecha.

¡Si la humanidad es siempre la misma y las épocas se renuevan en la historia con una semejanza que asombra!

Muchas veces se tiene la tentación de creer que un personaje antiguo se ha encarnado en uno moderno y que fuera del círculo de ciertas obras sería difícil hacer otras... es tan grande la semejanza que los vincula, son tan iguales sus actos, son tan idénticas sus tendencias, que parecería que la humanidad tuviera un gran cerebro y que lo fuera repartiendo de a pedazos... y bienaventurado el que le toca una tajada privilegiada.

Deja, pues, a los grandes hombres; iguales en todos los tiempos, y la historia, que es una especie de coleccionista de objetos viejos, curiosos, se los apropia, los despoja de todo lo que es pequeño y vulgar, retoca los deterioros que les imprimió el roce con los demás, y luego, los acomoda piadosamente en su catálogo para que las gentes se saquen el sombrero, se crucen de brazos, los miren con respeto y con asombro y puedan decir para sus adentros: ¿quién había de creer que este hombre, que ha hecho tanto por sus semejantes haya sido tan maltratado?

Esa es la ley, señor alumno de física.

Concluida su campaña gloriosa, pero generalmente empequeñecida por las pasiones propias y ajenas, recogen pausadamente los pliegues de su túnica, levantan las coronas y las flores que han arrojado a la arena sus admiradores, echan al hombro la lanza mellada, borran a su paso el lodo y las injurias que han quitado el brillo a la arena movediza, y tranquilos, pero quebrantados, satisfechos, pero sin ilusiones, se meten modestamente en su tienda, cierran herméticamente sus puertas y dejan que la humanidad grite o aplauda según su antojo.

Si alguna vez tienen la veleidad de dar una correteada por la antigua arena, donde aún queda huella de sus triunfos, se exponen a comenzar de nuevo la lucha fatigosa, a dejar los jirones de la túnica y recoger con las coronas marchitas el eco del palmoteo impertinente.

¡Ah! yo también soy partidario de los ideales, soy admirador del talento, respeto las virtudes cívicas y aspiro a poseerlas, me inclino con anticipación ante los hombres eminentes, tengo verdadero culto por los que se sacrifican por la patria, no sería capaz de defender mi partido con injurias, ni usar de armas innobles; pero, provocado a la lucha, el talento, las virtudes cívicas, los ideales, los sacrificios, los hombres eminentes, todo esto reunido, mezclado al apasionamiento del combate, no se libra del zarpazo con que se defienden los que ven atacada su trinchera, y precisamente, cuanto mayor es el bagaje del enemigo, mayores deben ser las fuerzas del que combate para vencerlo.

Y luego... ¿no estamos en un país democrático, no tienen nuestros partidos idénticos principios, no quieren todos el bien de la patria, no son vástagos del mismo orden de ideas, no gritan todos los días que ellos, recíprocamente, son los mejores? Y esto lo verás pronto, si sigues mis consejos.

¿No se han quitado las asperezas como quien lima un hierro herrumbrado para dejarlo reluciente?

Deja, pues, a los hombres eminentes, a la patria, y a todas las cosas que están en el ambiente del idealismo.

Fíjate en lo que sucede con dos individuos, con dos hermanos que han vivido distanciados por una causa cualquiera, que se han mostrado los dientes, que han buscado a un tercero para conferirle recíprocamente los defectos del contrario, que han llegado en su ofuscación hasta creerse enemigos irreconciliables, y otras tonterías por el estilo, y por último, en un buen momento, se abrazan, lloran juntos, se dicen todas las ternuras más delicadas, evocan todos los recuerdos de familia, se juran incapaces de las felonías hechas en las horas de despecho, se toman del brazo con efusión y van rápidamente a presentarse unidos, satisfechos, más hermanos que nunca, ante la madre, ante la viejecita ya tembleque pero venerable, que al verlos, se acomoda los anteojos, se levanta encorvada de su sillón, deja caer su libro de lectura religiosa, y llena de júbilo, con lágrimas aún calientes, los abraza, los reúne, besa alternativamente sus frentes de hijos cariñosos, bendice y da gracias a Dios desde lo íntimo de su alma.

Ella, la madre, la viejecita, sin pasiones, sin rencores, sin preferencias, es decir, la patria, siempre igual, siempre dispuesta, ampara bajo su techo, bajo su hogar tranquilo, a sus dos hijos, que hoy ve reunidos, reconciliados... igualmente buenos y dispuestos a proteger su ancianidad.

Ellos mismos no se creen ya tan malos, ni enemigos.

Aplica la moraleja a los partidos y los tendrás distanciados del hogar por, sus pasiones, por sus miserias, por sus rencores... pero la viejecita está allí, fuerte, justiciera, cariñosa, esperando resignada; que golpeen la puerta para abrirles sus brazos y mostrarlos después con orgullo, diciendo: ¡estos son mis hijos, son hermanos gemelos, llevan mi sangre y mis virtudes!

Cuando son partidos de otro orden, cuando se arrojan a la lucha principios de otra índole, se comprenden la intransigencia y el encono; un republicano y un monárquico podrán llegar hasta el exterminio por hacer prevalecer sus creencias; un liberal y un clerical serán capaces de llegar a todos los extremos, y en esta forma, en estos excesos, hay una justificación que los hace tolerables.

En los partidos que actúan bajo los mismos principios, las luchas revisten el carácter de los juegos de niños.

Se apoderan de los juguetes, se entretienen juntos, los contemplan extasiados, se los prestan recíprocamente; pero, si llega un momento en que el más fuerte o el más mañoso encuentra agrado en poseerlo, le dice al otro con todo egoísmo: *esto es mío, haz la prueba de quitármelo.*

El *hombre de los imanes* estaba ahora deslumbrado; su amigo le hacía ver un mundo real, y aunque percibiese las medias tintas del cinismo, no se escandalizaba ya de esas doctrinas. Su misticismo político había concluido; estaba como un creyente que hubiese adorado por muchos años una imagen que creyera milagrosa, circundada de oropeles, y que de improviso una ráfaga malvada levantase las ricas telas para hacer ver desnudo y apolillado el armazón grosero de la santa.

Quiso dar, sin embargo, el último asalto, para ver la composición de las ideas que se habían emitido.

-Empieza, pues, a figurar en política con confianza... empieza por formar número, por asistir como espectador, simplemente si te place, pero no creas que en política hay derechos reservados para determinados individuos... hay jerarquías, pero jerarquías que desaparecen en la sociedad...

En política no hay clases privilegiadas.

Las distinciones no las da la política; las da el talento, las dan las condiciones individuales,

las dan los méritos y virtudes que adornan al ciudadano; y si el que ingresa a la arena política trae además de su divisa ese caudal, tendrá más probabilidades de ascender en la escala, pero tendrá también más enemigos y más desengaños.

-¡La honradez política es la base de todo sistema bien organizado y que merezca ser respetado! -exclamó enfáticamente el *hombre de los imanes*, creyendo pulverizar a su amigo con esta frase de efecto.

-¡Bravo! -exclamó éste batiendo palmas; hablas como un libro, pero esa frase, que se la atribuyen a Matusalén en un rato de buen humor, no te impedirá que tú mismo puedas hacer en un buen momento ciertas cosas que justifiquen que venga uno y te diga al oído; la honradez política es la base de todo sistema bien organizado, etc., etc.

Mira, el más ideal de los sistemas, puesto en las manos de los hombres, tiene que salir deficiente, imperfecto...

La sociedad se fabrica leyes buenas, óptimas, jura y rejure que las cumplirá y que llamará ante la justicia al que falte a su mandato... y ahí, a sus barbas, al dar vuelta a la esquina, se olvida de lo que ha hecho, de lo que ha jurado, de la ley, de quien la ha hecho y de que debe hacerla cumplir. Y si por acaso le tocas en el hombro y le dices al que infringe: amigo, ¿y la ley?... ¡Ah! es cierto, la ley, la justicia ante todo... se me había olvidado... es una distracción... -al llegar aquí, su amigo miró el reloj, y pretextando una comisión que cumplir, le dijo: -estamos entendidos; desde hoy eres de los nuestros, reza un responso a tus antiguas creencias, haz acto de contrición, y hasta luego, -añadió tendiéndole la mano.

El *hombre de los imanes* salió de la casa como quien baja de un viaje en globo y alargando el paso se decía para sus adentros: ¡ya voy en política!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).